

CIUDADES CONTEMPORÁNEAS: TENSIONES ENTRE MICROTERRITORIALIDADES Y LUGARES NEGOCIADOS Y/O DISPUTADOS EN CONTEXTOS DE “INTER-TERRITORIALIZACIÓN”¹

MÓNICA LACARRIEU

Universidad de Buenos Aires
monica.lacarrieu@gmail.com

RESUMEN

El objetivo de este texto es analizar la conformación de microterritorialidades en la ciudad de Buenos Aires. ¿Por qué se vuelve relevante hablar de y pensar sobre fronteras en un mundo de flujos? ¿Podemos aventurar en que las ciudades actuales se construyen en base a un tipo peculiar relacionado a la idea de fronteras? ¿Es que habitamos y nos movemos entre “ciudades con fronteras”, o buscamos replegarnos entre “fronteras en las ciudades”? No es azaroso que nuestras preguntas partan de la categoría de frontera, pues, desde nuestra perspectiva, la visión asociada a la microterritorialidad está preconceptuada, y al mismo tiempo vivida y significada entre delimitaciones reales o imaginadas. Es nuestro objetivo volver sobre las prácticas sociales que se constituyen en la lógica de diferentes actores sociales, desde las cuales se co-producen compleja y conflictivamente sistemas y políticas de lugares (DELGADO, 1998) que trascienden la condición territorial, discutiendo con la visión espacial y culturalista que tiende a construir en planos de igualdad los diferentes territorios y agrupamientos sociales.

PALABRAS-CLAVE: Microterritorialidades. Ciudades. Lugar.

¹ Este artículo es una versión revisada y ampliada del artículo “Los ‘nuevos lugares’ de la ciudad entre condiciones territoriales, mecanismos de visibilidad/invisibilidad y procesos de disputa por el reconocimiento socio-político: repensando las ciudades contemporáneas desde la perspectiva de Buenos Aires” publicado en el año 2012 en la *Revista Terra Plural*, v. 6, n. 2, Brasil. También es una versión actualizada de la ponencia presentada en el *II Seminário Internacional Sobre Microterritorialidades nas Cidades*, desarrollado en noviembre de 2012, en la Faculdade de Ciências e Tecnologia, de la Universidade Estadual Paulista FCT/UNESP, Campus de Presidente Prudente/SP, Brasil.

CONTEMPORARY CITIES: TENSIONS BETWEEN MICRO-TERRITORIALITIES AND NEGOTIATED AND/OR DISPUTED LOCATIONS WITHIN THE CONTEXT OF “INTER-TERRITORIALIZATION”

ABSTRACT

The goal of this study is to analyze the shaping of micro-territorialities in the city of Buenos Aires. Why is it consistently relevant to discuss and think about borders in a world of constant flow? May one venture into stating that present-day cities are built based on a peculiar model related to the idea of borders? Could it be because we live in and move through “bordering cities” or perhaps because we seek to enclose ourselves between “borders within cities”? It isn’t by chance that our queries derive from the issues of borders, since, from our perspective, the general view associated with micro-territoriality is a pre-conceived one, and at the same time, is seen and considered among real or imagined demarcations. It is our aim to review social practices which make up the logic of different social actors, those of which co-produce complex and conflicting systems and policies of places (DELGADO, 1998) which transcend territorial conditions, thus disputing the culturalist and spatial view that tends to build different lands and social clusters in areas of equality.

KEYWORDS: Micro-territorialities. Cities. Locations.

INTRODUCCIÓN

“¿Qué puede tener de interesante recorrer y visitar un desierto?”, fue la pregunta con la que comenzó una entrevista radial en Chihuahua, México, cuando la periodista intentaba esbozar una idea acerca de porqué diversos expertos extranjeros y nacionales se encontraban en esa ciudad, rodeada de sierras y desierto, todos espacios escasamente atractivos según su parecer. El sentido “escaso”, definido en su “aridez cultural” (BALDERAS DOMÍNGUEZ, 2009, p. 173), en aquel momento me retrotrajo a la película “Babel”, cuyo final transcurre justamente en ese desierto, el de México, próximo a la frontera con EEUU, cuando

la protagonista mexicana con dos niños estadounidenses procura escapar a esa frontera acusatoria, no obstante, perdida, desorientada, sin poder encontrarse, ni encontrar un recorrido, algún final a ese camino que no es el que habitualmente seguimos. En el mismo libro, “Antropología del Desierto”, Pérez Taylor (2009) realiza una descripción etnográfica a partir de la cual relata las sensaciones de nerviosismo que se desprenden de quienes atraviesan el desierto a la salida de la ciudad de Hermosillo en el estado de Sonora, aunque contenidos por la estructura del autobús. El desierto, si bien espacio geográfico determinado, ha sido construido como una metáfora del no-territorio, descargado de una idea de lugar en el sentido antropológico relacional e identitario. En una perspectiva similar, cuando Barth (1961) realiza una etnografía de los *basseri*, nómades del sur de Persia, se pregunta hasta donde ese grupo étnico construye territorio en el caminar permanente. El desierto, en tanto espacio geográfico, así como los *basseri*, en tanto grupo nómade, aparentan ser ejemplos de ausencia de territorialidad en el sentido moderno del término – una noción marcada por la entronización del Estado-nación (SANTOS, 1996). Una visión que asocia el territorio al enfoque del recorte y de los límites, inobservables en la imagen del desierto, como en la del nomadismo característico de ciertos grupos.

El desierto y el nomadismo parecen ser los opuestos de la ciudad y de los sujetos sedentarios, en líneas generales, estrechamente asociados a la vida urbana. No obstante, como demostraron Clifford (1999), Augé (1993), e incluso el propio Barth (1961), la territorialidad no es solo una determinación *sine qua non* en la conformación del orden nacional o del espacio urbano, sino que la misma es el resultado de construcciones interpretadas según diversos enfoques, atravesados por las mismas fronteras disciplinares. Las concepciones naturalistas, basadas en perspectivas etológicas, hablan del sentido biologicista del territorio, tomando la conducta defensiva del animal como un modelo imitable por el ser humano. En parte este enfoque fue complementario de las corrientes deterministas de la Geografía, según las cuales era el espacio en clave de naturaleza el que determinaba

desde la construcción de la vivienda hasta la personalidad de los habitantes que residían en esos espacios – una visión aún vigente en ciertas ideas estereotipadas, como las más conocida en nuestra región acerca del carácter imponente de la naturaleza brasilera (playa, calor) y su influencia sobre la personalidad alegre, extrovertida y festiva del habitante de Brasil. Una mirada vinculada a la tradición administrativa y jurídica ha puesto el énfasis en delimitaciones jurisdiccionales a partir de las cuales se han conformado los estados nacionales, provinciales, municipales. En el caso de la Antropología, disciplina originariamente espacialista, la perspectiva sobre la idea de territorialidad es cultural y en los primeros años del siglo XX, incluso culturalista. Si bien el antropólogo definió su objeto de estudio en base a aldeas distantes espacialmente de las ciudades de las cuales el mismo investigador provenía, el sentido territorial – si bien el concepto de territorio no fue una categoría necesariamente antropológica – se vio condicionado por el vínculo con el “nativo” o el “otro”, en virtud del cual fue necesario apelar a la categoría de cultura en su concepción integral: en esta perspectiva, la naturaleza y el espacio no fueron determinantes, sino solo una condición, en relación a la vida en sociedad, llegando sobre todo hasta mediados del siglo XX a considerar a la cultura como el elemento clave desde el cual entender los comportamientos humanos. En este sentido, el culturalismo subsumía tres aspectos cruciales: la territorialidad, la integración y la centralidad, desde los cuales los antropólogos definían tanto la “cultura samoana” – por ejemplo Margaret Mead (1970) – como la “cultura de la pobreza” – en este caso Oscar Lewis (1993), para quien esta cultura era identificable en determinados territorios, como las vecindades mexicanas, sin embargo, una pobreza transmitida de generación en generación, en tanto “núcleo duro” poco modificable y ubicado en el centro de los colectivos estudiados. La cultura contribuyó a dar forma a tipos ideales territoriales: la sociedad folk en oposición a la ciudad, fueron parte de una lógica binaria cultural que por un lado, estudiaba Robert Redfield (1942) y por el otro, Louis Wirth (1962). En esta línea de pensamiento es que Marc Augé (1993) construye el “lugar antropológico” a partir de tres rasgos comunes: son lugares identificatorios, relacionales e históricos que,

en tanto ideal antropológico, se traducen en la visión de que “cada etnia [es] una isla, eventualmente ligada a otras pero diferente de cualquier otra, y que cada isleño [es] el homólogo exacto de su vecino” (AUGÉ, 1993, p. 56).

Esta forma de construir, desde diferentes perspectivas, el espacio – como territorio, como lugar – tiñe casi todo el siglo XX de la versión moderna del mismo, bajo un modelo de territorialidad en el cual prima la estabilidad. Aunque diferentes, es un único modelo de territorio o lugar el que da sentido a su construcción – ya que aún en las vertientes naturalistas, el espacio no es una página en blanco, sino definida a través de improntas constructivas y recreadas por los grupos sociales –, y es desde el mismo en que se incluyen determinados espacios y se excluyen otros, como el desierto o incluso las modalidades de relacionarse con los mismos – mirado desde el “lugar antropológico”, los *basseri* no son el tipo de “nativo” identificado con la isla/aldea, sin embargo, el propio Barth (1961) descubre en ese recorrido constante, una relativa estabilidad, dada por el tipo de itinerario y la forma de construir identidad que tiene el grupo que, aunque móvil, es posible de delimitar.

Estas perspectivas parecen perimidas o en declive, sobre todo cuando desde fines del siglo XX comienzan a tomar presencia los procesos profundizados de la globalización. Este “lugar común” que toma cuenta no solo de las disciplinas y los expertos, sino también del sentido común de los medios de comunicación, de los políticos y políticas públicas, así como de las sociedades en su conjunto, se basará en un “preconcepto espacio-territorial” que, de ahí en mas, atravesará todas las formas de entender la globalización: la expresión ligada a la “aniquilación del espacio por el tiempo”, también descripta como “compresión espacio-temporal”²,

² “A noção de *compressão do tempo-espaco*, formulada pelo geógrafo inglês David Harvey, é altamente instrumental para que se possa entender esse “encolhimento” realizado/provocado sobretudo pelos desenvolvimentos nos sistemas de comunicação, transporte e informação que, ao mesmo tempo, contribuíram para o aumento da percepção fragmentada do mundo, ao colocar à disposição do habitante da sociedade de massas uma quantidade de estímulos e informações em escala sem precedentes. Harvey diz: por compressão do tempo-espaco “quero sinalizar [...] processos que revolucionam de tal forma as qualidades objetivas do espaco e do tempo que nos vemos forçados a alterar, às vezes de maneiras bastante radicais, [o modo] como nos representamos o mundo. Uso a palavra 'compressão' porque se pode argumentar decisivamente que a história do capitalismo tem sido caracterizada pela aceleração do ritmo da vida, ao mesmo tempo que por uma superação das barreiras

indujo por mucho tiempo a pensar en el encogimiento del mundo actual, sin embargo, no comprimido en su tamaño, sino experimentado así por efecto de ciertos cambios relativos a la globalización. La comparación que Ribeiro (1992) realiza entre el mundo de los Nuer – así construido por Evans Pritchard (1969) – y el mundo contemporáneo, mayormente urbano, permite observar la importancia dada al crecimiento y expansión – circular – entre los indígenas, y el decrecimiento, compresión o aniquilamiento que se observa como característica de la contemporaneidad. Aunque producto de la experimentación más que de la existencia real, es esa idea la que para Haesbaert (2007, p. 1) “envuelve cada vez más a los territorios con una carga negativa vistos más como impedimento al ‘progreso’ y a la movilidad, a punto de (teóricamente por lo menos) sumergirse en el mar de la ‘fluidez’ que todo disuelve y desagrega”. Esta perspectiva, fundada según Massey (2008, p.126) en una “imaginación de la geografía del mundo” contrastante con una “imaginación de un mundo de lugares delimitados”, aniquila el mismo llevando hacia la visión de la a-espacialidad, simultáneamente en que señala que “la propia ‘globalización’ implica el reconocimiento de la espacialidad”, glorificando entonces el triunfo de lo espacial, llevando a la “metáfora del retorno del territorio” (SANTOS, 1996), sin embargo, como lo observaremos más adelante, “con una noción [...] heredada de la Modernidad”. La visión a-espacial de la globalización se construye desde el “mito de la desterritorialización” o “fin de los territorios” a partir del cual, el mundo parece diluirse, des-fronterizarse, omitiendo las trayectorias históricas, territoriales, sociales y culturales desde las cuales países, regiones, localidades son relatadas. El sentido de inevitabilidad dado a la globalización desde que se volvió ese “lugar común” de la contemporaneidad, llevó a pensar no solo en un mundo único, sino también en un único formato globalizador, negando las diferentes formas de globalizarse y/o des-globalizarse, y la creación de un mundo entre múltiples espacios y diferentes procesos históricos.

espaciais, de tal forma que o mundo às vezes parece estar implodindo sobre nós” (HARVEY, 1989, p. 240, citado por RIBEIRO, 1992, p. 31).

Desde la Antropología, como hemos podido observar en el análisis que hace Ribeiro (1995), también esta cuestión se convirtió en una preocupación, toda vez en que la pregunta por los lugares³ de a poco fue tomando espacio. Enmarcado en una serie encadenada de ‘muertes’, el territorio ha sido pensado más como un defecto que como un valor, atendiendo principalmente a una disociación radical entre la cultura y el territorio. Como inquiría Martín Barbero: “¿Desde dónde pensar la globalización si es el sentido mismo del lugar el que con ella está cambiando?” (citado en BAYARDO; LACARRIEU, 1999). O bien en palabras de Massey (1991), la pregunta se construyó en torno del sentido global del lugar, en pos de desterrar la idea de lugar comunitario, refugio de identidades esenciales, o bien instituyendo categorías que permitieran repensar el lugar como la de “entre lugares” – una visión asociada al “entre”, la “intersección”, el “tránsito” (BARBERO, 2008, p. 21).

Este desarrollo parece haber dejado atrás concepciones de la modernidad, sin embargo, aparentemente a contrapelo del mismo, nos enfrentamos a la necesidad de volver a pensar la territorialidad. En aparente contradicción, nos proponemos indagar sobre la conformación de las microterritorialidades en las ciudades contemporáneas. Ya sea a través de su aniquilamiento o de su retorno, la visión a-espacial o la idea del espacio global abierto y sin barreras prevaleció por sobre un mundo dividido, segmentado y delimitado entre microespacios. Sin embargo, al retomar esa perspectiva constructiva, sobre la cual contribuimos los propios científicos sociales, parece difícil concebir solo un mundo abierto y fluido, tanto como únicamente un mundo delimitado y cercado. Siguiendo a Massey (2008, p. 129) “ambos funcionan como imágenes por las cuales el mundo es hecho. Ambas son geografías imaginativas que *legitiman* su propia producción”.

³ Si bien utilizaremos el concepto de territorio, en tanto el debate que se nos propone lo incluye, en este texto la noción de lugar, tendrá mayor protagonismo, en tanto categoría estrechamente asociada al pensamiento antropológico. Como concepto más completo y/o articulador complejo del espacio, los discursos sobre el mismo y las conflictivas prácticas sociales de los diferentes y desiguales actores involucrados con el mismo.

En consecuencia es desde estos debates, en que nos interesa analizar la conformación de microterritorialidades en las ciudades contemporáneas, focalizando en nuestros trabajos empíricos desarrollados en la ciudad de Buenos Aires⁴. Consideramos que situarnos en el espacio de las ciudades ofrece múltiples posibilidades para debatir sobre la polarización con que tienden a constituirse: entre “lugares acotados” – el ¿“lugar antropológico”? –, “no lugares” – por retomar el concepto acuñado por Augé – y, nuestro supuesto, acerca de la permanente redefinición de los lugares en relación a procesos de disputa por el espacio. Entraremos en diálogo con esas situaciones y procesos empíricos desde preguntas que nos interpelan conceptualmente: ¿por qué se vuelve relevante hablar de y pensar sobre fronteras en un mundo de flujos? ¿Fronteras respecto de qué o quienes? ¿Podemos aventurar en que las ciudades actuales se construyen en base a un tipo peculiar relacionado a la idea de fronteras? ¿Es que habitamos y nos movemos entre “ciudades con fronteras”, o buscamos replegarnos entre “fronteras en las ciudades”? No es azaroso que nuestras preguntas partan de la categoría de frontera, pues, desde nuestra perspectiva, la visión asociada a la microterritorialidad está preconceptuada, y al mismo tiempo vivida y significada entre delimitaciones reales o imaginadas. Es nuestro objetivo volver sobre las prácticas sociales que se constituyen en la lógica de diferentes actores sociales, desde las cuales se co-producen compleja y conflictivamente sistemas y políticas de lugares (DELGADO, 1998) que trascienden la condición territorial – aunque la misma esté involucrada –, discutiendo con la visión espacial y culturalista que tiende a construir en planos de igualdad los diferentes territorios y agrupamientos sociales.

⁴ Algunos de los resultados que se presentan en este artículo provienen de diversos proyectos que hemos dirigido entre 2000 y 2013. El proyecto actual es un PIP CONICET “Etnografía de los espacios públicos urbanos” y el proyecto de Cooperación internacional CNRS-CONICET *La mise en jeu du patrimoine dans la configuration des quartiers à Paris, Buenos Aires, Moscou, Venise*. 2011-12.

LAS CIUDADES CONTEMPORÁNEAS: ¿DESTERRITORIALIZACIÓN Y/O MICROTERRITORIALIZACIÓN?

Diferentes perspectivas académicas procuran explicar las crisis y procesos de transformación atinentes a lo urbano. En los últimos años se ha especulado con la “descomposición de los territorios” como parte insoslayable de un mundo convertido en un enorme mercado global (GIMÉNEZ, 1996). En este contexto, se consensuó a las ciudades mundiales como puntos neurálgicos dentro del sistema de redes globales, por tanto constituidas más allá y por encima de los Estados-nación. No obstante ello, los acontecimientos recientes muestran que a contrapelo de la tan proclamada ‘deslocalización’, se producen localizaciones específicas que implican considerar la ‘fabricación’ de territorios como un aspecto crucial para entender el mundo contemporáneo (GIMÉNEZ, 1996). Desde esta perspectiva parece interesante – en la misma línea de debate sobre la territorialidad –, reflexionar acerca de la disolución de las fronteras o de la instauración de ‘fronteras móviles’ en detrimento de ‘fronteras fijas’, tal como se viene planteando para el contexto de agudas transformaciones globales. En este escenario, el ‘borramiento de las fronteras’ parece reforzar una imagen de las mismas, hoy ya no positiva, sino vividas como negativas, como obstáculos, como faltas de significación. Siguiendo a Raffestin (1991, p. 168), su eliminación apunta a “una amnesia deseada y querida” de la ‘máquina de hacer fronteras’ que caracterizó otros tiempos, pero también a la reafirmación definitiva de la transgresión propia de aquéllas. En este sentido, analizar cómo a pesar de o con este tipo de argumentaciones, se continúa reproduciendo el estereotipo respecto de la definición de ‘ciudad de y con fronteras’, especulamos que fortalecido ahora por este supuesto de ‘fronteras flexibles’ implicantes de zonas intersticiales de desterritorialización que estarían potenciando este sentido de ‘lugar de paso’; es una cuestión fundamental. Del mismo modo, que pensar cómo desde estas reflexiones asociadas a la globalización, también se fortalece el papel asignado previamente a las grandes ciudades, ahora desde su lugar de ‘ciudades globales’=ciudades ‘sin fronteras’. En consecuencia,

parece necesario enfatizar en la consolidación de ‘viejas fronteras’ y en la constitución de ‘nuevas fronteras’, en términos de ‘territorios fijos’ que tanto hacen a límites entre ciudades, o de ciudades respecto de regiones o de naciones, como a fronteras que juegan – cada vez más – un papel preponderante en la demarcación de ‘adentros y afueras’ dentro de las propias ciudades.

Por ejemplo, en la imagen “desterritorializada” de la ciudad de Buenos Aires se busca consensuar una imagen dominante de ‘ciudad modelo’ – la “capital cultural de América Latina” – cuyo uso pueda volverse recurso estratégico y la posición favorablemente en el contexto de competencia entre ciudades de la región. Para que dicha desterritorialización resulte eficaz debe anclarse del soporte de la territorialización, pues sólo desde el establecimiento de una imagen con ciertos atributos legitimados, desde la cual la ciudad adquiere nuevas formas asociadas a la instauración de nuevos límites, es que los mismos pueden colocarse en juego y abrir la urbe hacia fuera moviendo fronteras. Es así, que desde esta perspectiva, Buenos Aires ‘vuelve a construirse’ como “espacio abierto” definido por el “flujo de fronteras”, al mismo tiempo, que como ‘centro’ respecto de otros territorios, posicionándose en base al rastreo de símbolos que contribuyan a su anclaje como ‘espacio cerrado’ pero competitivo. Efectivamente “llegamos así a este doble movimiento que parece paradójico: la globalización que debilita fronteras, en un proceso complementario las reinstaura, las exporta e importa, las reproduce engendrando nuevas barreras [...]” (GARCÍA CANCLINI, 1999, p. 65). En esta perspectiva, Buenos Aires, como otras ciudades, se define y redefine entre ‘fronteras móviles’ y ‘fronteras fijas’, en consecuencia, entre ‘identidades flexibles’ e ‘identidades fijas’.

En este sentido, las ciudades no sólo se constituyen en nodos del sistema global, sino que son lugares en sí mismas, “implicando [en su organización cultural] relaciones locales a la vez que transnacionales” (HANNERZ, 1998, p. 207). Sin embargo, pensar en el lugar en el marco del mundo actual, significa mirarlo a través de la transformación de sus sentidos. Aunque el territorio no se ha extinguido, “la ‘forma visible’ de lo local encubre [además del lugar concreto] las relaciones que

desde la distancia determinan su naturaleza”, constituyéndose en un punto de intersección en el que operan su especificidad histórica, los sentidos de las diversas personas que lo conforman, lo que puede ser local en otro lugar, la mundialidad en constitución (HANNERZ, 1998, 47-51).

La desindustrialización que tomó cuerpo hacia la década de los ´70 en las ciudades del denominado Primer Mundo y se intensificó en los años ´90 en las grandes y medianas ciudades de América Latina, es el contexto en el que la cultura se volvió el recurso por excelencia no solo para la resolución de problemas socio-económicos, sino también como estrategia para el desarrollo de proyectos de transformación urbana. Tales proyectos de planificación, así como los usos de la cultura en relación a los mismos, se han propuesto como antídotos necesarios a la crisis urbana. En otras palabras, las patologías urbanas, así caracterizadas en relación a la emergencia de la industrialización, han permanecido en la mirada de analistas y urbanistas. La diferencia radica en los nuevos tratamientos dados a las mismas.

La aparente resolución de los problemas urbanos a través de operaciones estratégicas en las que la cultura, el diseño y la estética son principios estructuradores de la denominada “ciudad creativa”, se ha consensuado como gestión idealista de lo urbano. En el seno de un esquema binario, entonces, es que se construye la retórica espacio-culturalista del lugar. Una retórica transnacional – reapropiada por organismos como UNESCO y otros – que reenvía al “pensamiento sustancialista de los *lugares*” (BOURDIEU, 1999, p. 119), retomada por las políticas y planes de los poderes públicos locales y asumidos generalmente como propios por actores diversos de los lugares intervenidos – vecinalistas y vecinos, genéricamente hablando, suelen reivindicar y reconocerse en esa perspectiva de sus lugares. La sustancia o esencia desde la cual dicha retórica imprime potencia a ciertos lugares, se retroalimenta de representaciones sociales naturalizadas acerca de cómo los sujetos y grupos urbanos suelen visualizarse: “ser de un lugar”, “estar en un lugar”,

“tener un lugar”, son referencias desde las cuales las personas urbanas definen y dan contenido a sus espacios y/o sus barrios⁵.

Miradas más sociologistas, aunque también marcadas por la “crisis urbana” hablan de una “nueva cuestión social” en la que el barrio se habría convertido en el problema por excelencia y la “lógica de la separación”, también denominada fragmentación urbana, explicaría los procesos contemporáneos urbanos (DONZELOT, 2004). Esta última perspectiva, desplaza el sentido clasista dado por la Sociología urbana a la ciudad industrial, y en cierta forma introduce, aunque desde una mirada más territorial y social que cultural, la idea del “fragmento o mosaico”. Si bien la visión asociada a la fragmentación urbana aparece como un “dato natural” – fundado en una perspectiva espacialista desde la cual es legítimo discutir sobre muros que separan una villa de emergencia de un barrio de mayor nivel socio-económico – y, por ende, disociado de propuestas y planes urbanísticos; son precisamente los proyectos estratégicos los que contribuyen en el diseño de “fragmentos” mediante operaciones microquirúrgicas que actúan sobre lugares circunscriptos y cristalizados en tanto espacios que, desde la recualificación, son convertidos – al decir de Jérôme Monnet (1996, p. 189-204) – en “lugares fuera de lo común” taxativamente distantes de aquellos relegados de dichas operatorias.

Hace ya varios años el sociólogo francés Jacques Donzelot (2004) hacía referencia a las transformaciones que se habían producido en la París contemporánea. En aquellos textos, el autor refería, por un lado, al surgimiento de una “lógica de la separación” que, de acuerdo a su perspectiva, volvió defectuosa la unidad relativa de la sociedad urbana; por el otro, destacaba el cambio que se

⁵ La relevancia dada a esta representación esencialista de los espacios, barrios, vecindarios, en Buenos Aires se vio reflejada, hace ya un tiempo, en la discusión sobre la Ley de Comunas. Algunas de las propuestas legislativas de fines de los 90, cuando comenzó el debate acerca de la descentralización de la ciudad en base a una partición en comunas, retomaban la visión esencialista de la cultura del barrio. No obstante, esta visión se anclaba del arraigo barrial con que se definían las asociaciones vecinales que jugaron un papel crucial en dicho debate. Por ejemplo, los límites que se pretendían para las comunas, eran discutidos por no respetar demarcaciones preexistentes marcadas por identidades barriales como la identidad “boquense” – en el caso del Barrio de La Boca en el sur de la ciudad –, o la identidad “palermitana” – referida al barrio de Palermo en el norte de la ciudad. La Ley de Comunas finalmente se sancionó en torno de una negociación entre límites representacionales vecinales e intereses políticos trazados por cuestiones electorales y económicas.

produjo entre la ciudad industrial en la que la cuestión social se definía desde los problemas sociales, y la ciudad desindustrializada, definida por una “nueva cuestión social” en la que, según el autor – como ya hemos señalado –, no es la sociedad, sino el barrio lo que se vuelve y produce problema(s). Aunque las tres velocidades de las que habló Donzelot (2004) – relegación, periurbanización y gentrificación – no solo se definen espacialmente, hay en su análisis un sesgo territorial-espacialista que contribuye en la concepción fragmentaria de las ciudades contemporáneas.

Las ciudades latinoamericanas no han escapado a esta visión en la que prima una mirada patológica basada en la fragmentación. La lógica de la separación relacionada con la materialización de fragmentos espaciales con efectos sobre la denominada “de-solidarización” (DONZELOT, 2004; BÉNIT, 2007), sería consecuencia, al menos, de dos asuntos, uno más genérico y otro más específico: los cambios en los modos de producción de la ciudad y la crisis de los espacios públicos urbanos (BÉNIT, 2007). Como bien ha destacado Ángela Giglia (2000), las indagaciones articuladas en torno a la fragmentación coinciden en describir a las ciudades actuales a partir de un par de rasgos fundamentales: por un lado, la crisis y desaparición del espacio público como ámbito de encuentro y convivencia entre sujetos heterogéneos – con la subsiguiente proliferación de espacios privados/cerrados, vigilados y de acceso restringido – y, por otro lado, la conformación de universos sociales homogéneos que – a modo de compartimentos estancos – reducen la sociabilidad a un reconocimiento entre pares. Es desde esta lógica en que consideramos que los análisis sobre las ciudades actuales, realizados desde las ciencias sociales y el urbanismo, confluyen en una perspectiva que no solo vacía las nociones de contenidos problemáticos – por ejemplo la de fragmentación por relación a la de segregación –, sino que fundamentalmente despolitiza la producción de lo urbano. La división, no solo elude el carácter relacional de la ciudad (cf. AGIER, 2008), sino que además enfatiza el fortalecimiento de “mosaicos” y niega las desigualdades como valor estructurante (CALDEIRA 2010, p. 118).

La visión de Donzelot (2004) que muestra al barrio como problema, alimenta la versión fragmentada de la ciudad y se vincula a la idea del territorio como tal, en estado puro y de fijación, desgajado de los usos que se producen sobre el mismo. De hecho, esta visión más espacialista/territorialista que social ha contribuido en la perspectiva del enclave-gueto a través de la cual, en los últimos años, se ha tendido a pensar y analizar las ciudades contemporáneas. Cabe señalar la aparente contradicción que, en este sentido, atraviesa lo urbano: en un mundo en que el territorio se ha observado diluido en un contexto de transnacionalización, y el mismo se ve permeado por la movilidad antes que por la fijación, la vuelta del territorio en el pensamiento sobre las ciudades se produce de la mano de la modernidad – como hemos señalado destacó Santos.

Socialmente, sin embargo, la mirada fragmentaria que parece exaltar microterritorialidades bajo el formato de enclave, se asienta en la perspectiva del “urbanismo afinitario” (DONZELOT, 1999), vinculado a la predominancia de relaciones electivas, antes que vecinales. Este enfoque, aunque discutible y relativizable, fue y aún sigue siendo clave en los análisis sobre las urbanizaciones cerradas⁶ que, en Buenos Aires, se constituyeron en un *boom* residencial hacia la década de los ‘90⁷. De hecho, autores como Svampa (2001, p. 120), resaltó la presencia de nuevas formas de socialización que “ponen de manifiesto la desaparición de uno de los modelos de socialización existente, el basado en la sociabilidad barrial y la frecuentación de espacios públicos, típicos lugares de encuentro entre diferentes categorías sociales”. Formas de sociabilidad que se

⁶ Los datos presentados son resultado del proyecto “*Habiter quelle ville? Situations d’homogenisation résidentielle et (re)définition de l’urbain et de l’urbanité dans les Amériques*”. PRISMA-Plan Urbanisme Construction Architecture: “*Habitat et Vie Urbaine*” – Université de Toulouse – Le Mirail, Ministerio de Planificación Urbana de Francia (Coord. Grales: Jerome Monnet y Guenola Capron, Coord. por Buenos Aires: Mónica Lacarrieu). 2000-2004.

⁷ A principios de los ‘90 había en el país 140 urbanizaciones cerradas que ocupaban cerca de 8.000 hectáreas y tenían construidas más de 10.000 casas. En la actualidad se estima que hay entre 400 y 450 de estos emprendimientos cerrados en el Gran Buenos Aires, ocupando una superficie de 320 km², casi el doble de la Capital Federal, y albergando unos cien mil residentes en algo más de 22.000 viviendas construidas (LACARRIEU; THUILLIER, 2001). El 81 % de las urbanizaciones cerradas se encuentra en la zona norte con centro en el partido de Pilar, seguido por Tigre; el 11 % en la región oeste (Ezeiza, Esteban Echeverría) y el 8 % restante en la zona sur.

observan como consecuencia de la conformación de “productos homogéneos y homogeneizadores” desde los cuales es desterrada toda forma de heterogeneidad y encuentro con el otro. En cierta forma, una especie de comunidad purificada.

En una ciudad como Buenos Aires en que históricamente el barrio ha sido instrumento de planificación urbana, las nuevas urbanizaciones surgidas en los '90 retoman esa idea de “barrio purificado” – desde el punto de vista representacional un “barrio imaginado” –, no obstante, en permanente tensión con el “barrio practicado”, poco asimilable a la idea de la comunidad purificada. Así, por ejemplo, la planificación exacerbada de los grandes emprendimientos como Nordelta⁸, segmentados hacia adentro en torno de “barrios cerrados”, inciden en la significación dada al sentido de lo barrial. La percepción de vivir entre múltiples y diversos barrios separados unos de otros por elementos de la naturaleza o límites más simbólicos que materiales, condiciona la constitución de experiencias residenciales que transitan entre la sensación de habitar el barrio conocido, al mismo tiempo que residir en medio de la opresión dada por el encapsulamiento de un tipo excesivamente planificado hasta en sus relaciones sociales. El caso Nordelta habla de una “heterogeneidad controlada” como característica clave para dar sentido a la noción de “ciudad buena y pública”. La heterogeneidad controlada permite la existencia de diferentes barrios, en una especie de recreación de la ciudad tradicional. En clave de quienes habitan el lugar, la mezcla no está dada hacia adentro de cada barrio, sino entre los múltiples barrios que componen Nordelta – algunos ya en escena, otros aún imaginados – y ésta es leída en términos de niveles socio-económicos y de distinción simbólica. “El barrio que nosotros elegimos es Las Glorietas, que es de los que están por acá, de los más pobretones [...] La Alameda y Las Glorietas son los más pobretones y los del otro lado son un poco mejor [...]”, señalaba Gabriela. Su visión era enriquecida por Marina:

⁸ Nordelta es un emprendimiento construido por Eduardo Constantini – un empresario muy conocido en Buenos Aires – en la localidad de Tigre, en el norte del conurbano bonaerense y próximo al Delta. En su origen, fue intención del emprendedor generar una “ciudad abierta” pero con todos los servicios e infraestructura hacia adentro de la misma. Pero a medida en que se fue vendiendo, fueron los propios residentes los que exigieron mayor control y cierre.

[...] el que tiene plata compra [...] el único barrio que se necesita admisión es el que se llama La Isla, es exclusivo, pero no en toda la Isla, hay una parte [...] que vive el dueño, Constantini, él que está dentro de la isla, en una isla quería que sus vecinos fueran sus conocidos, si vos querías comprar y tenías la plata y Constantini no te quiere como vecino, te decía que no [...]. Elegimos La Alameda porque es más barato [...] cuando nosotros vinimos había tres, La Alameda, Castores, La Isla y Caletas, La Alameda era más barata, seguía Castores y la Isla mucho más caro, Y Caletas es caro porque tiene amarras propias [...] la característica de Nordelta es la cantidad de lagos que tiene, [...] un lago central muy grande y después laguitos chiquitos, este barrio tiene dos lagos, cuando te vas acercando a los lagos se va encareciendo [...] cada barrio tiene su club house, sus canchas de tenis, su pileta, su salón de usos múltiples, todos tienen lo mismo [...] tenemos todos los mismos servicios lo que varía es estar más cerca del lago o menos cerca y eso encarece [...] La Isla y Castores están todos sobre el lago central [...] este es barrio para gente de más clase media [...].

Las diferencias establecidas a partir de elementos naturales – como los lagos o el río – que operan como soportes de distinción social, acaban mutando la heterogeneidad en desigualdades propias de territorios que se constituyen entre parámetros de inclusión-exclusión. El sentido de identificación hacia adentro funciona a modo de control social, el que opera en la práctica mediante situaciones concretas de discriminación. La misma entrevistada a la hora de definir su barrio decía:

[...] este es un barrio que está muy controlado, o sea la gente [...] es un barrio muy católico, no católico como el Newman [...] generalmente la gente es del colegio Marín, o exalumnos del Argentina Modelo o del Lasalle, que todos podemos tener miles de kilombos, pero tenés un mismo estilo de educación y también con el tema de límites, en eso acá somos muy parecidos todos, hay de todo pero está muy controlado [...] hace dos meses hicieron una fiesta, un propietario en su casa y un vecino dijo que sentía olor a marihuana, flor de kilombo, vos decís en mi casa yo tengo derecho [...] pero el tipo fue totalmente discriminado [...] no sabemos si había o no [...] quedo discriminado, se enteró todo Nordelta [...].

Por el otro, la visión territorialista se observa como condición y “variable de ajuste en las políticas de gestión de la diversidad” (GIBAND, 2011, p. 12). Es decir que al mismo tiempo en que retorna el territorio, también se manifiesta la diversidad cultural en su concepción más relativista. La fragmentación urbana emerge en la articulación mecánica que se produciría entre el sentido territorial y el cultural. De

allí que la constitución urbana entre “mosaicos” – en su visión particularista/fragmentaria –, o entre enclaves-guetos – en una perspectiva ambigua que se constituye entre la (auto)discriminación y la afirmación positiva de ciertos grupos –, paraliza y cristaliza el sentido complejo y conflictivo de la conformación urbana contemporánea. Efectivamente, el problema de la diversidad en términos de coexistencia de la diferencia que ha sido vista como patología de la ciudad moderna, permanece como cuestión a resolver. En ese sentido, la clave está centrada en el asunto de la igualdad – del mismo modo en que fue una cuestión crucial en la ciudad de la industria –, solo que en la contemporaneidad se coloca el acento en la diversidad y su anclaje territorial. Atravesada o no por criterios de etnicidad, la problemática se analiza tanto positiva como negativamente: en torno del “vivir en conjunto” en tanto valor equivalente de la igualdad – basada en rasgos de afinidad⁹ – o de las “minorías” que se fijan en enclaves, ya no miradas como sectores homogéneos de afirmación positiva, sino en relación al “miedo al pequeño número” (APPADURAI, 2009). Como señala Giband (2011), el territorio es el receptáculo de esa diversidad, que de categoría social se ha vuelto categoría espacial teñida de culturalismo.

Esta perspectiva asociada a la política y gestión de lo urbano – si bien contribuye en una visión frecuentemente des-politizada –, en la que se producen recurrentes procesos de aparente transformación – decimos aparente ya que conlleva asuntos que ya estaban en la ciudad de la modernidad, incluso en los primeros momentos en que despuntó la industrialización –, ha contribuido y contribuye aún en una mirada de-socializada y des-problematizada de la ciudad tanto asociada a la idea de la fragmentación como a la de la ciudad de la diversidad.

⁹ El denominado “urbanismo afinitario” destacado por Donzelot (2004) en relación a asentamientos periurbanos – los nuevos y no tan nuevos barrios cerrados que han proliferado en nuestras ciudades –, pero que sin duda podría ser extrapolable a los diferentes “entre sí” con que el mismo autor define las formas de agregación social que prevalecen en espacios de la relegación o incluso de la gentrificación, habla de esa búsqueda de homogeneidad como mecanismo de separación y como respuesta conductista del barrio como problema urbano.

CUANDO EL TERRITORIO ES UN “LUGAR” NEGOCIADO Y/O DISPUTADO EN POS DE LA VISIBILIDAD Y EL RECONOCIMIENTO PÚBLICO

[...] se toma derecho por Balcarce hasta el parque Lezama y se llega el parque son unas cuantas cuadras. No el recorrido que suelen hacer a veces el día de las llamadas que hacen por el Gobierno que es al revés. Generalmente salen desde Pasaje San Lorenzo hacia el parque pero también van por otra calle. Salimos nosotros desde la Plaza a Parque Lezama y pasamos por el frente de la Iglesia que para nosotros tiene significado porque en otras épocas teníamos que pasar por ahí y estaba a lo mejor el cura dando misa y salía, le molestaba que pasáramos tocando los tambores, siempre era como una especie de discusión [...] bueno que la policía siempre viene en algún momento a no querer que se templen los tambores o que se salga tocando [...] eso es más o menos está bueno destacar que ese recorrido eh se genera porque es un recorrido que se hacía desde que estaban los puertos allá, vio la lomada de parque Lezama esa cosa así era todo agua antiguamente, entonces los puertos llegaban ahí desembarcaban y todo ese recorrido se generaba hasta la plaza Dorrego donde ahí eran subastados digamos las piezas, las piezas como se llamaban en aquel momento a las personas no? Que son de origen afro [...] ese recorrido simboliza eso, el recorrido mismo, este lugar es parte de la comunidad del candombe, es un lugar que está situado en una ubicación visible, no muy visible que es acá San Telmo. Entonces es un lugar que está ubicado estratégicamente para nosotros poder dar visibilidad a lo que no se ve. Entonces, este lugar está ubicado estratégicamente para dar visibilidad a todas esas, a toda esa comunidad, a todo ese potencial que está ahí y no es tan escuchado. (Testimonios del Movimiento Afro cultural en el Centro Cultural Plaza Defensa).

Como hemos mencionado al inicio y retomado al final del acápite anterior, la desindustrialización ha promovido procesos de recualificación que enfatizan el rol de la diversidad en clave de “buen vivir”¹⁰, de convivencia local, de instrumento moral e incluso de “eufemización de las exclusiones” (TISSOT, 2011, p.139), llevando desde esta perspectiva a su contracara, es decir a la producción aparente de “micro-enclaves” que quedan fragmentados/desintegrados o bien que son expulsados de la integración idealizada. Dicho desde nuestro punto de vista, cambia la lectura que hoy se hace de la sociedad urbana, pero también las modalidades de inserción en los territorios urbanos.

¹⁰ Retomamos el concepto nativo del “buen vivir” y lo extrapolamos a la realidad urbana. El “buen vivir” se ha transnacionalizado como concepto propio de los pueblos originarios y vinculado a la diversidad como valor global.

Efectivamente, en aparente contradicción con la separación entre cultura y territorio que atraviesa el mundo contemporáneo, se produce un vínculo entre el territorio y la cultura/diversidad cultural. La visión representacional asociada a la idea de la fragmentación apunta a una “diversidad incolora” que tanto puede verse como discriminación territorial positiva, así como negativa (cf. GIBAND, 2011, 12). Esta perspectiva del espacio urbano focaliza sobre “micro-territorios” o “enclaves” en los que se constituyen espacios fronterizados de homogeneidad: resulta más simple la construcción del “enclave” villa – negativa o positivamente (cuando la diversidad cultural se colorea resulta funcional a la producción del “enclave”) – que observar los procesos de negociación y/o resistencia que se producen en espacios aparentemente no funcionales a ciertos sectores. Se espera que ciertos agrupamientos sociales se ajusten a un territorio – barrio o asentamiento – definido desde su carácter socio-cultural.

“Tener espacio” o disputar el espacio implica redefinir su sentido, es decir pensarlo como un recurso, “como fuente de poderes” en torno del cual se procesan modalidades diferentes y desiguales relacionadas al control sobre sus usos y apropiaciones sociales (SIGNORELLI, 1999, p. 53-56). La cuestión de la “microterritorialización”, tanto en la perspectiva de la fragmentación como de la diversidad, consideramos que no solo provoca una visión homogénea, sin desniveles, ambigüedades, contradicciones, sino que también elude los procesos de intercambios e interacciones que se producen entre negociaciones, conflictos y disputas en pos de la co-producción política de lo urbano. Así el vínculo entre territorio-diversidad-afinidad parece lineal cuando se produce en términos de discurso y representación, mientras que se constituye entre prácticas de negociación y/o resistencia cuando se observa en relación a las situaciones de encuentro/desencuentro y a las prácticas sociales que se despliegan. Como es nuestra intención explicitar en este tópico, el lugar también es objeto de negociaciones, resistencias y/o disputas que tensan relaciones, intercambios y prácticas sociales. Esto quiere decir que en la medida en que la cultura y la

diversidad por ejemplo, trascienden el espacio de representación/exhibición, para instalarse en el espacio de la co-presencia, vinculado al encuentro, el lugar también se constituye como ámbito de conflicto, en consecuencia, como matriz de inclusión-exclusión.

Para intentar una comprensión más acabada y más/menos discutida de la relación entre territorio y diversidad cultural resulta interesante observar algunos barrios constituidos en relación a la misma. Así, en los últimos años y por efecto de la revalorización de la diversidad como categoría espacial y cultural, en la ciudad de Buenos Aires se ha fortalecido la visibilidad de ciertos “barrios étnicos”. En un escenario de recusación de la culturalización/etnización de la cuestión social – la pobreza en particular –, simultáneamente en que los territorios y los pobladores migrantes de esos barrios son visibilizados positivamente en su diversidad cultural, el territorio parece convertirse en una variable de ajuste a favor de la diversidad y de su gestión (cf. GIBAND, 2011). En un texto reciente, nos preguntábamos como entender los procesos paradójicos ligados a la emergencia de “barrios étnicos” en un contexto de relevancia adquirida por los movimientos migratorios transnacionales – la mentada dilución de fronteras mencionada más arriba, que aparece relacionada a los flujos migratorios que trascienden aquellas. Al mismo tiempo en que señalábamos la inasibilidad de dichos movimientos frente a la cristalización y estabilización de las marcas culturales inscriptas y visibilizadas en dichos barrios (cf. LACARRIEU; MERA 2012). Sin embargo, dichas marcas no constituyen más que una lectura “inventada” de un relato fragmentario sobre la ciudad, donde se enfatiza la idea del “mosaico” ya sea en forma positiva o negativa. El “barrio Charrúa” en Nueva Pompeya¹¹ – así llamado debido a su origen boliviano – , el “barrio coreano” en Floresta¹² – llamado *Baekku* – y el “barrio chino” en el barrio

¹¹ El Barrio de Nueva Pompeya es un barrio tradicional ubicado al sur de la ciudad de Buenos Aires.

¹² El barrio de Floresta se emplaza en el oeste de la ciudad de Buenos Aires. El mismo ha sido objeto, en los últimos años, de conflictos inter-barriales originados en reclamos de vecinos que se autodenominan “nativos” por las casas que consideran patrimoniales, y que en los últimos años compran los coreanos para instalar talleres clandestinos, donde emplean clandestinamente o como mano de obra esclavizada a bolivianos que viven en las proximidades de este barrio.

de Belgrano¹³, son ejemplos prototípicos de esa construcción. Sin embargo, cada uno de ellos ofrece posibilidades de discusión sobre la territorialidad y diversidad encapsulada. Los tres han sido estudiados por los académicos, pero sobre todo son tratados desde las políticas públicas como territorios fronterizados y receptáculos donde solo reside un tipo de habitante-migrante que, al mismo tiempo, forma parte de agrupamientos encriptados en una determinada territorialidad a contramano de los nuevos paradigmas de la movilidad –Tarrus (2000) propone dentro de uno de esos paradigmas la perspectiva del “territorio circulatorio”, según la cual los espacios son aprehendidos (LACARRIEU; MERA, 2012). El énfasis puesto en el “enclave étnico” resta importancia a esos procesos de movilidad y circulación, pero también de interacciones, negociaciones y/o disputas que involucran no solo al grupo en cuestión en su territorio, sino a otros territorios y otros grupos.

La visibilidad adquirida por los “barrios étnicos” en Buenos Aires, demuestra como el territorio, la cultura y la diversidad pueden volverse variables de ajuste a favor de la gestión de lugares de consenso o de microterritorialidades homogeneizadas. Dicha gestión no solo refiere a la actuación pública de planificadores y gobiernos, sino también a la perspectiva con que se construyen estos lugares desde los mismos espacios de la academia. Su visibilidad da lugar a un posible “índice de tolerancia” respecto de lo potencialmente tolerable o no (BERNAND, 1994). Por ejemplo el análisis culturalista del Barrio Charrúa como barrio boliviano, sobre todo a partir del estudio de la fiesta de la virgen de Copacabana, enfatiza en el sentido identitario y estereotipado de un tipo de cultura espacial y social. Charrúa como el barrio chino también, acaban cristalizados como lugares de la bolivianidad y de lo chino, sin posibilidad de considerar otras identificaciones basadas en procesos de disputa y contestación hacia esos tipos culturales.

La disputa que hace unos años fue recreada en torno del Arco Chino – referente simbólico y visual de cualquier *chinatown* que precisa de su delimitación

¹³ El barrio de Belgrano se ubica en la zona norte de la ciudad de Buenos Aires. El Barrio Chino se localiza en el mismo, sin embargo, se extiende por tres o cuatro cuadras emplazadas detrás de las vías del ferrocarril Mitre y de las Barrancas de Belgrano.

material y simbólica –, disputa promovida desde los habitantes del barrio que no son chinos y que se vieron “invadidos” por la condensación simbólica y la extrema visibilidad de esta cultura; es un buen ejemplo de cómo la idea de enclave y/o “barrio étnico” es discutida y discutible. En este caso, el “barrio chino” negociado desde población migrante que no vive allí con residentes no chinos, además de producto de procesos de interacción e intercambios que circulan –van y vienen entre el barrio y otros espacios de la ciudad en que los chinos residen, comercian, etc. –, se constituye en una figura emblemática y atractiva, des-conflictivizada en tanto representación sobre-expuesta en determinados días – los fines de semana o cuando se celebra el Año Nuevo Chino –, pero problematizada en la vida cotidiana y el tiempo ordinario en que los residentes circulan, viven, entran y salen del mismo. Desde la nominación del lugar se expresa el sentido de estabilidad y hasta de supuesto aislamiento que, evidentemente, no se torna totalmente visible en el caso del barrio chino o del boliviano, por contraste con el barrio coreano, construido en permanente invisibilidad. La extrema visibilidad de Charrúa o del “barrio chino” contrasta con la extrema y contundente invisibilidad en que se ha producido el “barrio coreano”, no solo porque se ha construido en la periferia de la ciudad – pues Charrúa también se encuentra emplazado en una zona poco atractiva, casi desconocida y poco transitada por los “porteños” y sin embargo, ha quedado iluminado en el mapa de la ciudad –, sino también porque la agregación coreana en un territorio específico parece remitir en mayor grado a esa idea de “aislamiento” y estabilidad con que suelen leerse los “enclaves”.

Los tres barrios retomados permiten hacer una lectura compleja de la ciudad, tanto en términos de territorialidad transnacional, como de conformación de microterritorialidades y de lugares negociados y disputados. Como se ha observado, sobre todo en los barrios boliviano y chino, pueden observarse procesos de configuración transnacional como de microterritorialidades ajustados desde la condición de homogeneidad diversa. No obstante, dichos barrios también son lugares en tanto espacios cargados de significados tanto para quienes lo han constituido como “barrio étnico”, como para los que lo habitan o transitan, asuntos

incluso retomados por los agentes del poder público y privado. Como señala Cecconi (2009) son barrios sin condiciones de diversidad o etnicidad intrínseca, sino adquiridas con posterioridad y aprehendidos como tal en forma relacional. Estos barrios son más que espacios neutros, o micro-enclaves territoriales, son también lugares atravesados por principios de sentido para quienes lo sienten lo habitan o circulan con propiedad, pero también por principios de inteligibilidad para quienes deciden observarlos y asumirlos como propios en la coyuntura de ciertos eventos (AUGÉ, 1993). La valoración de los tres barrios es dada por quienes producen procesos complejos de apropiación en su relación con los mismos, no obstante, la mayor visibilidad/invisibilidad que adquieren hacia fuera permite resaltar una mayor condensación material y simbólica de referencias que autorizan delimitaciones y fronteras que incluyen y excluyen – el barrio chino ha extremado su visibilidad y el coreano su invisibilidad llevando a pensar en índices de tolerancia/intolerancia de aquello que se decide mostrar o no exhibir. Sin embargo, la invisibilidad del coreano contribuye también a la conformación estable de una microterritorialidad enclavada en determinado lugar. Los “umbrales de tolerancia” ligados a determinados grupos sociales son construidos en torno de negociaciones y/o procesos de resistencia que tanto pueden involucrar otros actores sociales – como hemos visto en los casos mencionados – como solamente a quienes deciden constituirse como agrupamiento social y territorial aparentemente aislado del resto de la población.

Desde las situaciones y procesos empíricos analizados hasta aquí cabe interrogarse: ¿estamos frente a problemas ligados al territorio en tanto receptáculos o se trata de un debate que debiera darse en torno de la diferencia-igualdad/desigualdad? ¿Hasta donde los conflictos urbanos contemporáneos se definen por la fragmentación “micro-territorial” del enclave o por la diversidad cultural en tanto valor “multicultural”? Estas son inquietudes que giran en torno de ciertas cuestiones clásicas de lo urbano que regresan, aunque desde otras perspectivas. No obstante, como numerosos expertos desarrollan (DONZELOT, 1999; GIBAND, 2011), son asuntos hoy leídos desde una visión

territorialista/espacialista antes que social. Giband (2011, p. 12, n/traducción) señala que el debate se instala entre dos cuestiones: una, ligada al “vivir juntos” en relación a la “igualdad” – “notablemente territorial” – pero sin etnicidad; otra, vinculada a la etnicidad como valor equivalente de la igualdad, donde “se sobrevalora el derecho a la diferencia y el entre-sí” siempre sobre “un territorio que es el receptáculo”. Y agrega que “el deslizamiento se opera desde una categorización social de la diversidad [hacia] una categorización espacial”, es decir observando la diversidad como “una categoría espacial reveladora de un anclaje territorial de grupos múltiples que son objeto de los efectos de discriminaciones”. Sin embargo, el mismo autor reenvía a cierto debate, en el que de acuerdo a su perspectiva, esta forma de entender hoy la diversidad es un tema de retórica ligado a los discursos y acciones de las políticas públicas donde “la diversidad funciona como una categorización implícita de lo espacial que determina [...] [dichas] políticas públicas territoriales y las condiciones de la participación o de la movilización de los actores sobre la escena política urbana”. En una lógica afín – aunque no idéntica – Borja y Castells (1992) hablan de patrones de segregación urbana fundados en “concentraciones desproporcionadas de minorías étnicas en determinadas zonas urbanas”, por un lado resultado de políticas de vivienda que operan sobre el espacio y el agrupamiento afirmativo, aunque negativo, de ciertos grupos identificados por un carácter, exclusivamente cultural, homogéneo, por el otro, según los mismos autores, producto de reacciones defensivas de auto-ayuda y auto-protección desarrolladas por dichos grupos. En cualquiera de los dos casos, los autores refieren a la implantación de “micro-territorios” y de “minorías” que favorecen procesos de segregación, estrechamente asociados a la idea de la fragmentación urbana. Nuevamente, por este camino, se pierden los procesos de diferencia cultural-desigualdad social, enfatizándose una lectura de la realidad urbana desde operaciones “micro-quirúrgicas” del territorio o desde un análisis de la diversidad como categoría espacial.

Efectivamente, retomando a Mera (LACARRIEU; MERA, 2012, p. 14),

[...] los migrantes se asientan en el espacio urbano e impactan en él, estableciendo nuevas jerarquías sociales, redefiniendo su

espacio social de pertenencia desde las nuevas territorialidades, pero también interviniendo en las formas de nombrar la diversidad en las sociedades locales, los barrios migrantes ponen de relieve el territorio como entidad simbólica, constituida por las circulaciones espaciales y temporales en tanto disputas de poder.

Es decir, disputas por el territorio, particularmente por los usos y apropiaciones territoriales que, sin embargo, se construyen negociando estéticas, patrones de convivencia, relaciones sociales de intercambio e interacción con otros territorios y otros grupos sociales, incluso de la misma pertenencia étnica.

En este sentido, es que quisiéramos, en la última parte de este tópico, focalizar en los procesos de negociación/resistencia/disputa que cierto movimiento de afrodescendientes ha puesto en juego en el centro histórico recalificado de Buenos Aires (San Telmo). El movimiento con el que iniciamos este tópico es paradigmático en ese sentido. La reconstrucción de un recorrido espacial en relación al cual se desarrollan no solo las llamadas de tambores y el candombe como expresiones culturales propias del grupo en cuestión, supone además una disputa por el lugar constituido histórica, social, cultural, urbanística y políticamente.

El movimiento afrocultural hasta hace unos años poseía un centro cultural en el barrio de Constitución, próximo geográficamente y distante social y culturalmente del centro histórico de la ciudad – tanto Constitución como San Telmo se ubican en el sur de la ciudad. En tanto dicho local no pertenecía al movimiento, en determinado momento el propietario solicitó su salida y los afrodescendientes iniciaron un reclamo ante la Legislatura de la ciudad de Buenos Aires y ante el Gobierno de la Ciudad, en pos de obtener la radicación. Con el objetivo de reclamar reinventaron un relato acerca de sí mismos y del lugar: plantearon que se trataba del “*ultimo quilombo urbano*”, por ende que ameritaba no perder el último “territorio negro” que quedaba en la ciudad, enfatizando en la identidad negra, en una Buenos Aires que tendió a blanquear su población. Su reclamo incorporó incluso la reivindicación patrimonial del quilombo y las expresiones culturales que ellos desarrollan. El reclamo originó una disputa por el “lugar” – el centro histórico no solo en términos de espacio territorial – que

involucró a varios actores. Ya que no pudo radicarse a los afro en el viejo local de Constitución, el gobierno local ofreció trasladarlos al Espacio Cultural Defensa – centro cultural bajo la órbita del gobierno – existente en pleno corazón de San Telmo. Dicho traslado fue conflictivo, en la medida en que el centro cultural ya estaba en uso por parte de vecinos de San Telmo y las actividades fuertemente centradas en el tango. Algunas reuniones previas a la instalación afro preanunciaron una disputa que continuaría con posterioridad: en una de ellas, los vecinos plantearon que si los afro querían vivienda – como necesidad insatisfecha y por ser pobres – ellos los apoyarían en su reclamo, pero que si el mismo era una demanda cultural, no serían acompañados debido a que culturalmente el espacio era de ellos. Dicha controversia dio lugar a un amparo judicial que aún continúa, más allá de que los afros se trasladaron y al día de hoy se han hecho cargo del centro cultural.

Pero en lo que aquí nos interesa destacar, parece bien interesante que el movimiento afrocultural decidió dar una disputa por el territorio en tanto lugar, con y más allá del centro cultural. Si observamos el siguiente testimonio, queda claro que ellos no solo reclaman una “cultura-identidad”, o un “patrimonio”, o incluso un espacio cultural donde desarrollar sus actividades, sino también un lugar y un sentido atribuido por ellos al mismo con todas las implicancias que ello supone. Desde su perspectiva:

El lugar digamos la zona de San Telmo lo que significa para nosotros más o menos allí quedó reflejado, de porqué ya estando nuestros ancestros acá anteriormente, bueno estamos cerca del río también. En este lugar en particular más que nada es el espacio donde estamos preservando la cultura. Puede ser, ahora estamos acá como estuvimos en Herrera y podemos estar dentro de lo que es la zona de San Telmo, a lo mejor si nos quedamos acá en este lugar, bienvenido sea pero que sea dentro de los límites donde nosotros creemos que está parte de nuestro pasado, que está nuestro presente y futuro. Para la pregunta que hizo la señora sobre por qué es importante este espacio para nosotros. Es importante porque este espacio es, hablo del espacio me refiero al movimiento, a la asociación porque el espacio es circunstancial, el espacio no me va hacer pensar, no me va generar conciencia pero este espacio es importante porque es una escuela, no es como la universidad a donde usted va a aprender derecho o lo que quiera aprender, esta es nuestra universidad, nosotros vamos a aprender de nuestra cultura, de formarnos sobre nuestra identidad,

recuperarnos de nuestra identidad, no?[...] La casa tiene que estar, es muy importante, que esté la casa pero más que la casa, es ese espíritu no? esa memoria. Esa memoria, eso, la casa es circunstancia pero es necesaria.

Este y el testimonio con el cual comenzamos este tópico da cuenta de la complejidad de la disputa en un espacio en el que el poder público y privado han intentado resolver un “paisaje cultural” en el sentido estético ya planteado. La disputa por el lugar retoma viejas hostilidades sufridas por los negros en San Telmo: durante años y hasta el presente, en ciertas ocasiones, vecinos y policías acusaron y aún acusan a ellos de generar caos y desorden debido a que templen tambores con fuego en las calles y a que hacen ruido cuando desarrollan las llamadas. De allí, que en los últimos años han construido un relato subsumido en diversas prácticas, desde los cuales se resalta la relevancia del territorio marcado por la confluencia de factores históricos, culturales y sociales, con contundente objetivo político. Ellos, en la disputa, producen esa matriz del lugar, centralmente, a partir de la memoria histórica, por un lado, y por el otro, desde la constitución de la comunidad y la centralidad del candombe como expresión crucial de esa comunidad. Es decir, en primera instancia la Plaza Dorrego – considerada el centro del centro histórico – es observada por ellos como el lugar de subasta de esclavos, es decir de sus ancestros que, por ende, consideran debe volver a visibilizarse en relación a la negritud – no solo en relación a los bares, la feria de antigüedades y el turismo – a través del candombe y las llamadas. Ellos dicen:

[...] es un lugar que está ubicado estratégicamente para nosotros poder dar visibilidad a lo que no se ve. Entonces, este lugar está ubicado estratégicamente para dar visibilidad a todas esas, a toda esa comunidad, a todo ese potencial que está ahí y no es tan escuchado [...].

La disputa no es solo por el territorio y la plaza, sino sobre todo por el lugar de la visibilidad social, cultural y política de los negros. La plaza así es convertida en el centro de la memoria, a la cual se llega mediante un recorrido que ellos mismos han producido como el recorrido histórico y vinculado a la memoria de los ancestros. Es de destacar que algunas de las otras agrupaciones negras que también disputan territorialidad e identidad, remarcan que el centro neurálgico de

lo afro en Buenos Aires se ubica en el Parque Lezama – lugar donde culminan las llamadas del movimiento afrocultural, pero que para otros grupos es el inicio o lugar de transmisión de los saberes y prácticas. Entre la Plaza Dorrego y el Parque Lezama – indistintamente inicio o final de las llamadas – se produce un recorrido espacial marcado por la memoria, desde el cual se promueve una disputa por el “lugar” de los negros, no solo en San Telmo, sino incluso en la sociedad de la ciudad¹⁴.

Por el otro, el lugar se disputa como “comunidad” promoviendo efectos similares en cuanto a la visibilidad de los negros. Pero en este caso resulta sumamente interesante como el espacio en tanto tal, deja de tener relevancia para convertirse en un recurso que se constituye desde el conflicto y la disputa por la presencia/existencia de los negros. Ellos dicen que el espacio no se define por el local en el que desarrollan sus actividades – puede estar en Constitución o en San Telmo –, sino por el “lugar” en tanto confluencia de elementos que hacen a la “comunidad” tal como ellos la imaginan y practican. Así, dicen que el “lugar” se define en “puntos de encuentro” manifiestos en el territorio pero definidos por el candombe, el tambor y obviamente como ya vimos el recorrido y la Plaza Dorrego – las llamadas salen de allí, donde se templan los tambores, y toman un recorrido de calles que ellos han definido como característicos de su comunidad, hasta el Parque Lezama en el casi fin del centro histórico. La resistencia que según ellos dieron por su cultura desde el “conventillo” donde vivían, se veían, compartían y no estaban dispersos en otros tiempos, y desde la práctica del tambor, debe ser reavivada con la generación de otros “puntos de encuentro” vinculados a lo espacial, sin embargo, en pos de una disputa por la visibilidad.

¹⁴ Recientemente se realizó la Asamblea Nacional de los Afrodescendientes en el centro histórico de la ciudad. Resulta de interés resaltar que la misma se desarrolló con agrupaciones de todo el país, entre el Centro Cultural de la calle Defensa y el Museo Histórico Nacional que se encuentra ubicado en el Parque Lezama y cuya entrada da a la calle Defensa. Si bien el Museo “guarda” relatos históricos oficiales de tinte conservador – por ejemplo cuadros con pinturas en las que se resaltan hechos militares como el de la “Conquista del Desierto” (fines del siglo XIX), a partir del cual se exterminó una proporción importante de indios e incluso los negros fueron exterminados y que como puede observarse en uno de ellos, tanto unos como otros aparecen relegados y a un costado de la escena –, el mismo director y la secretaría de cultura junto a otras instituciones nacionales dieron el espacio para la Asamblea. Durante el evento, el Museo en continuidad con el Parque Lezama se convirtieron en lugares desde los cuales se disputó el espacio de lo afro, aunque no solo en cuanto territorio, sino sobre todo en cuanto presencia histórica y contemporánea.

La tensión que establecen con el gobierno local, al plantear dos recorridos diferentes y desde esa diferenciación marcar la legitimidad del recorrido construido desde el movimiento en cuestión – como hemos visto otras agrupaciones disputan a su vez este territorio, mediante la puesta en escena de otras territorialidades y desde allí la visibilidad de lo negro –, es parte de una disputa por el centro histórico, y sobre todo por el merecimiento del lugar.

Las disputas por el lugar, en ciertas ocasiones, no son necesariamente producidas en relación a procesos de tensión. Los grupos afrodescendientes pueden volverse “funcionales” al “paisaje cultural” del centro histórico, cuando las prácticas desarrolladas exotizan el mismo recorrido u otros, vistos como necesarios a fin de la visibilización y expansión de la “cultura negra” – lo mismo puede suceder con otros grupos sociales. De hecho, en el último año y como parte de un programa del gobierno nacional, el movimiento junto a otros colectivos han participado de recorridos ligados al Carnaval Afrodescendiente, instituidos como tales por el poder público. Los afrodescendientes participan de estos eventos y en ese sentido, no solo se vuelven funcionales al “lugar extraordinario”, sino también – como ya mencionamos – producen disputas en torno del “lugar del reconocimiento de la negritud”. Ello desmarca el lugar del territorio físico y marca la impronta cultural/simbólica en que se construye y reconstruye el mismo.

De allí, que tanto los procesos de disputas y/o de negociaciones producen y hacen del espacio y la cultura un lugar en clave espacial, social, cultural y política. Son procesos que cuestionan el sentido fragmentario de la ciudad y que por el contrario pueden asimilarse a las nuevas “políticas de lugares” postuladas por Manuel Delgado (1998).

3. TERRITORIALIDADES/SOCIABILIDADES EXPLÍCITAS/IMPLÍCITAS ENTRE NUEVAS FORMAS DE PRODUCIR “LUGARES”

Como hemos señalado en el inicio del texto, a pesar de los cambios observados en las últimas décadas, aún persiste una lectura del espacio en clave de territorio pensado y analizado como noción de la modernidad. Es por ello que, como

vimos, el desierto sigue analizándose como espacio descargado de significados, apropiaciones y límites, o el nomadismo que practican algunos grupos, aparece como un no-territorio por, nuevamente, la falta de delimitaciones e identidades sociales relacionadas con la territorialidad. O mirado desde su contracara, todavía existen trabajos que tienden a leer determinadas problemáticas, como la del tango en Buenos Aires, en clave territorial (CECCONI, 2009)¹⁵.

No obstante, para quienes optimizan el retorno contemporáneo del territorio, el asunto parece resolverse desde una mirada crítica de la desterritorialización, y desde la necesidad de asumir el “dilema de la multiterritorialización”, como forma de “experimentar diferentes territorios al mismo tiempo, reconstruyendo constantemente el nuestro” (HAESBAERT, 2007), territorios en plural y en red que, sin embargo, no eluden la necesidad del repliegue en territorios-refugio, que ponen el acento en la territorialidad como determinante de nuestras modalidades de vivir las ciudades y que aunque refiere a diferentes pertenencias, parece retomar el concepto relativista según el cual muchos y múltiples territorios particulares pueden desenvolverse por caminos paralelos, sin tocarse, sin encontrarse/desencontrarse entre relaciones de poder. Entonces, ¿cómo evitar extrapolar el sentido “multi” que ha predominado en los contextos de exaltación y politización de la diversidad cultural – el famoso multiculturalismo –, a la idea de “multiterritorialidad”, sin caer en nuevos relativismos que inducen a cartografías urbanas particularistas? La multiplicidad de situaciones – acuñado como “multisituacionalidad” por Marcus (1995, p. 3) a fin de redefinir el rol del antropólogo en el campo etnográfico – o de pertenencias con que se ha tendido a redefinir el concepto de identidad social, parecen apropiados – en ese sentido también lo serían para pensar la “multiterritorialidad” – para eludir la desproblematización de lo “multi”. Sin embargo, y como se ha discutido

¹⁵ La autora realiza un análisis interesante sobre el tango, focalizando la mirada en su geografía, o cartografiando los “territorios del tango” desde sus orígenes hasta la actualidad. Aunque la perspectiva resulta original, por otro lado, simplifica los procesos acerca del devenir del tango como género de música, baile y poesía, a través de la territorialidad, en tanto condición asumida como inherente a la manifestación cultural. La microterritorialidad del tango e incluso su internacionalización/transnacionalización, aunque cambiantes, acaban des-politizando el sentido de producción del tango como expresión de la cultura y de la sociedad urbana de Buenos Aires.

arduamente en relación al multiculturalismo, es necesario dejar los monólogos culturalistas, para entrar en los diálogos complejos desde los cuales se nos interpela con la noción de interculturalidad. ¿Será posible, entonces, extrapolar la visión de la “interculturalidad”, en tanto perspectiva de contrastes, atravesamientos, conflictos, mezclas y mestizajes, hacia la de una posible idea de “inter-territorialidad”?

Hace unos años, un tiempo después de que se produjera la crisis socio-económica en Argentina que impactó con contundencia en la ciudad de Buenos Aires, publicamos un artículo en el que planteábamos que la misma se había reconstruido en base a “micro-recorridos de la crisis” que enfrentaban los viejos “micro-recorridos del progreso” (LACARRIEU, 2005). A distancia de aquel análisis, consideramos que no se produjeron “micro-recorridos” caracterizados por la particularidad de la crisis o la especificidad del progreso. Así como, de acuerdo a los nuevos ejemplos sobre los que focalizamos, no se trata de pequeños fragmentos o “micro-territorialidades” desde los cuales se deducen “micro-interacciones” sociales y culturales que no llevarían más que a “guetos” o “enclaves” urbanos.

Los lugares tal como fueron planteados en este texto, son el producto de espacios de movilidad y circulación, entre los cuales se producen diálogos – no monólogos – sociales, identitarios, culturales con el espacio, los que dan espacio – valga la redundancia – a procesos de negociación, pero también a luchas por el reconocimiento de los diferentes grupos y sujetos, obviamente también productores de ese espacio. Con esto queremos decir que la territorialidad es solo una condición más entre otras y no un determinante de los procesos mencionados. Esta forma de mirar la “nueva cuestión urbana” no implica eludir los procesos de segregación promovidos entre negociaciones, disputas y luchas por el lugar. Entre procesos de negociación de estéticas, diseños, patrones de convivencia, relatos y prácticas y luchas por el reconocimiento socio-político, la segregación tiende a profundizarse por efecto de las desigualdades que, sin duda, trascienden las diferencias sociales y culturales. No basta con negociar estéticas exotizadas –

mediante la puesta en escena de existencias étnicas, plasmada en discriminaciones territoriales positivas –, aunque tampoco basta con producir disputas por el reconocimiento para superar esos procesos de segregación desigualitaria. Sin embargo, son procesos que resultan suficientes para repensar las ideas de anclaje territorial o las de la sociabilidad e identidad condicionadas por la localización territorial.

REFERENCIAS

- AGIER, Michel. *L'invention de la ville. Banlieus, townships, invasions et favelas*. Paris: Éditions des archives contemporaines, 1999.
- APPADURAI, Arjun. *O medo ao pequeno número. Ensaio sobre a geografia da raiva*. Traducción de Ana Goldberger: São Paulo/ Iluminuras: Observatório Itaú Cultural, 2009.
- AUGÉ, Marc. *Los "no lugares". Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa, 1993.
- BALDERAS DOMÍNGUEZ, Jorge. Frontera, desierto y cultura. In: TAYLOR, Rafael Pérez; HERRERA, Carlos González; CHAVEZ, Jorge Chávez (edits.) *Antropología del Desierto. Desierto, Adaptación y formas de vida*. El Colegio de Chihuahua, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México, 2009. p. 173-190.
- BARTH, Fredrick. *Nomads of south Persia: the Basseri tribe of the Khamseh confederacy*. Oslo: Universitetets Etnografiske Museum, Oslo University Press, 1961.
- BAYARDO, Rubens; LACARRIEU, Mónica. *La dinámica global/local*. Cultura y Comunicación: nuevos desafíos, Buenos Aires: Ciccus/La Crujía, 1999.
- BENIT, Claire; DIDIER, Sophie; DORIER-APRILL, Élisabeth; GERVAIS-LAMBONY, Philippe. "Fragmentations". In: DORIER-APRILL, Élisabeth.; GERVAIS-LAMBONY, Philippe. (coord.), *Vies Citadines*, Belin, París: collection Mappemonde, 2007. p. 15-38.
- BERNAND, Carmen. Ségrégation et anthropologie, anthropologie de la ségrégation. Quelques éléments de réflexion. In. BERNAND, Carmen (Ed.) *La ségrégation dans la ville*. Paris: L'Harmattan, 1994. p. 73-83.
- BOURDIEU, Pierre. *La Miseria del Mundo*, Argentina: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- CALDEIRA, Teresa. *Espacio, segregación y arte urbano en el Brasil*, Buenos Aires, Katz: 2010.
- DELGADO, Manuel. Las estrategias de memoria y olvido en la construcción de la identidad urbana: el caso de Barcelona, In: GÓMEZ, Diego Herrera (coord.), *Ciudad y Cultura*.

Memoria, Identidad y Comunicación. Antioquía: Ediciones Universidad de Antioquía, 1998.
p. 95-125.

DONZELOT, Jacques. La nouvelle question urbaine, *Revue Esprit*, Paris, n. 258, p. 87-114,
1999.

_____. La ville a trois vitesses: relègation, pèriurbanisation, gentrification. *Revue Esprit*, La
Ville a trois vitesses, Paris, n. 303, p. 14-39, 2004.

GARCIA CANCLINI, Néstor. Narrativas sobre fronteras móviles entre Estados Unidos y
América Latina. En: BAYARDO, Rubens; LACARRIEU, Mónica. (comp.). *La Dinámica Global-
Local. Cultura y Comunicación: nuevos desafíos*. Colección Signo. Ediciones Ciccus y La Crujía.
Buenos Aires, 1999. p. 53-70.

GIBAND, David. *Les villes de la diversité*. Territoires du vivre ensemble. Paris: Anthropos,
2011.

GIGLIA, Ángela. ¿Es posible la urbanidad en las megaciudades?. *Préactes du Séminaire
PRISMA 3*, Toulouse, p. 17-27, 2000.

HAERBAERT, Rogério. *O mito da desterritorialização: do “fim dos territórios” a
multiterritorialidade*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2007. Disponible em:
[http://www.unc.edu.ar/extension-unc/vinculacion/instituciones-sociales-y-salud/acciones-
realizadas/2009/seminario-extensionista-aportes-de-la-epidemiologia-comunitaria/unc-seu-
haesbaert-traduccion-prologoycap2-mito-dest.pdf](http://www.unc.edu.ar/extension-unc/vinculacion/instituciones-sociales-y-salud/acciones-realizadas/2009/seminario-extensionista-aportes-de-la-epidemiologia-comunitaria/unc-seu-haesbaert-traduccion-prologoycap2-mito-dest.pdf).

HANNERZ, Ulf. *Conexiones Transnacionales*. Cultura, Gente, Lugares. Madrid: Frónesis,
Cátedra, Universitat de Valencia, 1998.

LACARRIEU, Mónica. Nuevas Políticas de Lugares: recorridos y fronteras entre la utopía y la
crisis. In: GUERRA, Max Welch (editor). *Buenos Aires a la deriva*. Transformaciones urbanas
recientes. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2005. p. 363-395.

LACARRIEU, Mónica; MERA, Carolina. Design, diversity and inclusion. Debates for a future
view on the City. Ponencia presentada en: *(Un)Anticipated Futures*, Symposium 2012,
Chulalongkorn University February 16-19, Bangkok, Tailandia, 2012.

LEWIS, Oscar. *Antropología de la Pobreza: Cinco familias*: Fondo de Cultura Económica,
México, 1993.

MASSEY, Doreen. A global sense of place. *Revista Marxism Today*, London, p. 24-29, 1991.

MASSEY, Doreen. *Pelo Espaço*. Uma Política da Espacialidade. Rio de Janeiro: Bertrand
Brasil, 2008.

- MARCUS, George. Etnografía en el Sistema Mundo: La Salida de la Etnografía multi-situada. *Annual Reviews of Antropología*, Palo Alto, v. 24, p. 95-117, 1995 (Traduzido por Andrea Quadri y Cecilia Hidalgo).
- MARTÍN BARBERO, Jesús. Pensar juntos espacios y territorios. In: GÓMEZ, Diego Herrera; PIAZZINI, Carlo Emílio (editores), *(Des)territorialidades y (No)lugares*. Procesos de configuración y transformación social del espacio. Medellín: La Carreta Editores, 2008. p. 17-28.
- MEAD, Margaret. *Cultura y compromiso, estudio sobre la ruptura generacional*. Editorial Gedisa, 1970.
- MERA, Carolina. Movilidad territorial en la Ciudad de Buenos Aires: Sobre los patrones residenciales de las migraciones Chinas y coreanas. In: GUIANCE, Ariel (compilador). *Movilidad y migraciones*. CONICET/IMHICIHU, 2011. p. 201 – 212.
- MONNET, Jérôme. O álbi do patrimonio. Crise da cidade, gestão urbana e nostalgia do passado. *Revista do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional*, Brasília, n. 24, p. 220-228, 1996.
- MORAWSKA-VIANNA, Anna Catarina. Em busca de narrativas densas: questões acerca de realidades narrativas, subjetividade e agencia social. *Cadernos de Campo*, São Paulo, n. 16, 153-168, 2007.
- PÉREZ TAYLOR, Rafael. El desierto de Sonora: simbolismo del desierto en una perspectiva de la complejidad. In: TAYLOR, Rafael Pérez; HERRERA, Carlos González; CHAVEZ, Jorge Chávez (edits.) *Antropología del Desierto*. Desierto, Adaptación y formas de vida. México, El Colegio de Chihuahua: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2009. p. 147-158.
- PROENCA LEITE, Rogerio. Cidades, Consumo e Enobrecimento Urbano no Brasil e em Portugal. In: Latin American Studies Association (LASA), Rio de Janeiro, Brasil, p. 1-24, 2009.
- RAFFESTIN, Claude. Autour de la fonction sociale de la frontiere. *Espaces et societes*, Paris, n.70-71, p. 157-164, 1991.
- REDFIELD, Robert. La Sociedad Folk. *Revista Mexicana de Sociología*, México D.F. UNAM, v. 4, n. 4, p. 13-41, 1942.
- RIBEIRO, Gustavo Lins. Bichos-de-Obra. Fragmentação e reconstrução de identidades. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, São Paulo, n. 18, p. 30-40, 1992.
- SANTOS, Milton. O retorno do território. In: SANTOS, Milton; SILVEIRA, Maria Laura; SOUZA, Maria Adélia (Org.). *Território. Globalização e Fragmentação*, São Paulo: Editora Hucitec, 1996. p. 15-20.
- SIGNORELLI, Amália. *Antropologia Urbana*. México: UAM-Iztapalapa, 1999.

SVAMPA, Maristella. *Los que ganaron*. La vida en los countries y barrios privados. Buenos Aires: Biblos, 2001.

TARRIUS, Alain. Leer, describir, reinterpretar las circulaciones migratorias: Conveniencia de la noción de Territorio circulatorio. Los nuevos hábitos de la identidad. *Relaciones*, El Colegio de Michoacán, A.C, n. 83, v. 21, p. 39-66, 2000.

TISSOT, Sylvie. *De bons voisins*. Enquete dans um quartier de La bourgeoisie progressiste. París: Éditions Raisons d'Agir, 2011.

WIRTH, Louis. *El urbanismo como modo de vida*. Ediciones Nueva Visión 3, 1934 [1962].

Enviado em: 06/08/2013

Aceito em: 11/11/2013